

En el soldado es el vicio
Lo que al ciego, el precipicio.

Con tu amigo se indulgente;
Con tu enemigo, prudente.

Respetando al superior
Y obedeciendo con juicio,
Se tornará en una flor
Cada espina del servicio.

Al traidor á su bandera,
Lo sigue el odio doquiera.

Huye del vil militar
Que del superior murmura,
Pues puede su lengua impura
Incitarte á murmurar.

No debes obedecer
Al ambicioso falaz
Que intente turbar la paz
Para subir al poder;
Que si patria tienes ahora,
Puedes perderla mañana,
Mientras viertes sangre hermana
En guerra desoladora.

La gran tropa del pasado,
Dejó en nuestro suelo amado

Rastros brillantes de gloria;
Lee con orgullo su historia,
Que es de virtudes dechado.

Ella peleó noche y día
Por la santa libertad,
Sufriendo en la travesía
Con sublime estoicidad,
El hambre y la nostalgia.

Si á la guerra vas mañana
El ejemplo ten presente
De esa legión veterana,
Que fama dió de valiente
A la Tropa Mexicana

Jorge Suárez Pichardo.

*
*
*

Himno Nacional Mexicano.

*Mexicanos, al grito de guerra
El acero aprestad y el bridón,
Y retiemble en sus centros la tierra,
Al sonoro rugir del cañón.*

Ciña ¡oh patria! tus sienes de oliva
De la paz el arcángel divino,
Que en el cielo tu eterno destino
Por el dedo de Dios se escribió.

Mas si osare un extraño enemigo
Profanar con su planta tu suelo,
Piensa, ¡oh patria querida! que el cielo
Un soldado en cada hijo te dió.

Mexicanos, al grito de guerra, etc.

En sangrientos combates los viste
Por tu amor palpitando sus senos,
Arrostrar la metralla serenos,
Y la muerte ó la gloria buscar.

Si el recuerdo de antiguas hazañas
De tus hijos inflama la mente,
Los laureles del triunfo tu frente
Volverán inmortales á ornar.

Mexicanos, al grito de guerra, etc.

Como al golpe del rayo la encina
Se derrumba hasta el hondo torrente
La discordia vencida, impotente,
A los piés del arcángel cayó.

Ya no más de tus hijos la sangre
Se derrame en contienda de hermanos;
Sólo encuentra el acero en sus manos
Quien tu nombre sagrado insultó.

Mexicanos, al grito de guerra, etc.

Del guerrero inmortal de Zempoala
Te defiende la espada terrible,

Y sostiene su brazo invencible
Tu sagrado pendón tricolor.

El será del feliz mexicano,
En la paz y en la guerra el caudillo,
Porque él supo sus armas, de brillo
Circundar en los campos de honor.

Mexicanos, al grito de guerra, etc.

¡Guerra, guerra sin tregua al que intente
De la patria manchar los blasones!
¡Guerra, guerra! Los patrios pendones
En las olas de sangre empapad.
¡Guerra, guerra! En el monte en el valle
Los cañones horrisonos truenen,
Y los ecos sonoros resuenen
Con las voces de ¡unión! ¡libertad!

Mexicanos, al grito de guerra, etc.

Antes, patria, que inermes tus hijos
Bajo el yugo su cuello dobleguen,
Las campiñas con sangre se rieguen,
Sobre sangre se estampe su pie.

Y sus templos, palacios y torres
Se derrumben con hórrido estruendo,
Y sus ruinas existan diciendo:
De mil héroes la patria aquí fué.

Mexicanos, al grito de guerra, etc.

Si á la lid contra hueste enemiga
Nos convoca la trompa guerrera,
De Itutbide la sacra bandera
¡Mexicanos! valientes seguid.

Y á los fieros bridones les sirvan
Las vencidas enseñas de alfombra,
Los laureles del triunfo den sombra
A la frente del bravo adalid.

Mexicanos, al grito de guerra, etc.

Vuelva altivo á los patrios hogares
El guerrero á contar su victoria,
Ostentando las palmas de gloria
Que supiera en la lid conquistar.

Tornaránse sus lauros sangrientos
En guirnaldas de mirtos y rosas,
Que el amor de las hijas y esposas
También sabe á los bravos premiar.

Mexicanos, al grito de guerra, etc.

Y el que al golpe de ardiente metralla
De la patria en las aras sucumba,
Obtendrá en recompensa una tumba
Donde brille de gloria la luz.

Y de Iguala la enseña querida
A su espada sangrienta enlazada,
De laurel inmortal coronada
Formará de su fosa la cruz.

Mexicanos, al grito de guerra, etc.

¡Patria! ¡patria! tus hijos te juran
Exhalar en tus aras su aliento
Si el clarín con su bélico acento
Los convoca á lidiar con valor.

¡Para tí las guirnaldas de olival!
¡Un recuerdo para ellos de gloria!
¡Un laurel para tí de victoria!
¡Un sepulcro para ellos de honor!

Mexicanos, al grito de guerra
El acero aprestad y el bridón,
Y retiemble en sus centros la tierra,
Al sonoro rugir del cañón.

Letra de Francisco González Bocanegra.

El autor de la inspirada música del himno que acabáis de leer, fué el maestro don Jaime Nunó, que vió la luz primera en septiembre de 1825, en San Juan de las Abadesas, Provincia de Gerona, Reyno de España.

En 12 de noviembre de 1853, siendo Presidente de la República el general don Antonio López de Santa Anna, el Ministerio de Fomento convocó un certamen ofreciendo un premio, según su mérito, á

la mejor composición poética que fuera constantemente el HIMNO NACIONAL, y que había de ser calificada por una junta de literatos, nombrada para este caso. Otro premio se destinó, en los mismos términos, á la mejor composición musical para dicho himno, extendiéndose, en consecuencia, la convocatoria á los profesores del arte.

En 3 de febrero de 1854, el Diario Oficial declaró que de las veintiseis composiciones poéticas presentadas á la Secretaría de Fomento, había sido calificada de mayor mérito por el jurado respectivo, la del señor don Francisco González Bocanegra.

Este poeta no tuvo primeramente intenciones de entrar al concurso, pero su entonces prometida esposa doña Guadalupe González del Pino y Villalpando, lo impulsó á la lid literaria, y viendo que no podían nada sus instancias, lo secuestró en una de las piezas apartadas de su casa habitación, previniéndole que no alcanzaría su libertad sino hasta terminar las deseadas estrofas.

“Y González Bocanegra se resigna; y concentrando el fuego de su inspiración, creado y mantenido por los dos ideales

de su vida, la patria y sus amores, hace brotar ardientes y amorosas, impregnadas de entusiasmo y de ternura, las inmortales, estrofas de su himno!

“Por eso en ellas cantá las glorias de la patria, al par que las dulzuras inefables del hogar, y recuerda al guerrero vencedor las caricias de la esposa y de las hijas, á la vez que ofrece al moribundo una fosa sombreada por la enseña nacional.”

En cuanto á la marcha para el himno, en su oportunidad nombró el citado Ministerio de Fomento la comisión que debía conocer del asunto, y le pasó las quince composiciones que había recibido, para que las examinase. La expresada comisión calificó en primer lugar y digno de adjudicársele el premio, el himno que tenía por epígrafe DIOS Y LIBERTAD, por lo que la Oficialía Mayor de Fomento publicó un aviso para que se presentara á la Secretaría del ramo la persona que había compuesto el mencionado himno, comprobando debidamente ser el verdadero autor.

Presentóse don Jaime Nunó, comprobó lo que se le exigía, y en 12 de agosto de 1854 se le declaró á nombre de S. A. S. el general Presidente don Antonio López

de Santa Anna, autor del Himno que el Gobierno adoptó como Nacional.

La junta cívica nombrada para organizar las festividades nacionales de septiembre de ese año, dijo en su programa que el día 15 á las siete de la noche, se reuniría la junta en el Gabinete del Gobierno del Distrito, se dirigiría al Teatro de Santa Anna, seguida de una Compañía de Granaderos de infantería, con música, y que luego que llegaran SS. AA. SS. se cantaría allí el Himno Nacional; pero por causas que se ignoran, no se cumplió el programa en la parte relativa al himno, que no llegó á cantarse por primera vez, sino la noche del sábado 16 de septiembre de 1854, y en el Gran Teatro de Santa Anna, llamado después Teatro Nacional. (1)

*
* *

“Todo buen ciudadano debe conocer el himno de memoria, como el bendito, y recitarlo en todas las solemnidades patrias, al salir el sol, en la casa rodeado de la familia, en las plazas, en las calles, y en las escuelas, etc.

“Cuando la nación pelagra en su esta-

(1) Estos apuntes fueron extractados de las “Notas históricas, biográficas y descriptivas,” publicadas por el Ing. Jesús Galindo y Villa en los “Anales del Museo Nacional”

bilidad y se canta el himno, todos los corazones de sus nobles hijos deben retemplarse y al son de las músicas militares marchar contentos al combate, dispuestos á rendir heroicamente la vida y derramar hasta la última gota de sangre. Y si en el momento difícil de la pelea, cuando vuestros compañeros caigan sin cesar y las filas de vuestra compañía vayan quedando sin soldados, entra la desmoralización y algunos, los más medrosos, se ocultan ó se retiran; vuestros oficiales muertos ó heridos, van también desapareciendo y todo parece peligrar, si en ese momento solemne oís que la banda de música de vuestro regimiento toca el himno, es vuestro deber volver cara al enemigo y embestirlo furiosamente, cruzando con él vuestras bayonetas hasta rendirle ó sepultarle para siempre. Y, si á pesar de todo ello, la victoria no se consigue, habréis cumplido con vuestro deber y el enemigo habrá sufrido un escarmiento, porque también las derrotas escarmientan y dan al enemigo la medida exacta de los sacrificios que tendrá que hacer para salir victorioso de la campaña.” (Cartilla Militar, por el Gran Estado Mayor del Ejército de la República Argentina, pág. 112.)